

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

**UN VERDADERO PEDAGOGO EDUCA EN PRIMER
LUGAR A SUS PROPIAS CÉLULAS QUE, FUERTES
Y PODEROSAS, EMANARÁN ELEMENTOS
CAPACES DE ACTUAR SOBRE NUESTRO
ENTORNO. EL PLEXO SOLAR ES EL PEDAGOGO,
EL CEREBRO ES EL INSTRUCTOR**

Salida de sol del 24 de septiembre de 1976

“Actualmente la mayoría de los pedagogos son intelectuales que no tienen ninguna vocación para ejercer de pedagogos: han leído libros que les han dado algunos conocimientos superficiales, externos, pero, por dentro, no tienen nada de pedagogos. Un verdadero pedagogo debe haber nacido tal, y, sólo con su presencia, con su mirada, con sus emanaciones, los niños son educados. A lo largo de la historia ha habido hombres y mujeres que nacieron con este amor, con esta calidad moral que influye en los niños. Porque los niños son sensibles, son como animales que sienten de lejos si son o no dueños de ustedes mismos. Miren el caballo: si el jinete es un cobarde, el caballo lo siente, ¡y, venga, al suelo!... Si no, se somete. Y los niños tienen también esta intuición natural.

La verdadera pedagogía no es otra cosa que la Iniciación esotérica. Los verdaderos pedagogos son los grandes Iniciados que, con su ejemplo, con su abnegación, con su sacrificio, han llegado a educar a la humanidad y a mostrarle nuevos caminos.”

* * *

Aunque ya les he hablado varias veces sobre esta cuestión de la pedagogía, me gustaría decirles aún algunas palabras a este respecto. Eso me obliga a repetir lo que ya dije, pero estas ideas hay que repetirlas cada día, porque, si no, las olvidamos y no producen, por tanto, ningún resultado.

Cada vez más los humanos han puesto la instrucción en primer lugar, porque saben que, gracias a ella, podrán conseguir las mejores situaciones, las de mayor prestigio, las mejor remuneradas. Y, mientras tanto, se descuida la educación, porque ésta no proporciona ninguna de estas ventajas. Al contrario, incluso, los que dan preferencia a las cualidades morales son casi siempre relegados por gente astuta y sin escrúpulos. Y, además, es más difícil trabajar en mejorar nuestro carácter que obtener diplomas universitarios. Por eso, sale ahora de las escuelas una juventud magníficamente instruida, pero sin educación, y los adultos tienen cada vez más dificultades para lograr que siente la cabeza y se deje guiar. Lo que prueba que la instrucción no basta, y, además, no basta para los jóvenes ni para los adultos. Porque los mismos adultos, que quieren hacer sentar la cabeza a la juventud, tampoco están a punto. Exigen a los jóvenes unas cualidades que ellos mismos no poseen, y, como los jóvenes sienten si están a punto o no los que les educan, viendo que no lo están, se niegan a obedecerles.

Cada vez más hay maestros y profesores que se están cuestionando sus métodos pedagógicos, y, dentro de algún tiempo, comprenderán que para educar a los jóvenes deben ser ellos mismos unos ejemplos impecables, porque, si no, no pueden tener ninguna verdadera influencia sobre ellos. No hay jueces más implacables que los niños. ¿Y cómo pueden saber si se las tienen que ver con un buen pedagogo? En realidad, lo saben instintivamente, y ni siquiera saben por qué. Los niños tienen mucho olfato, y su juicio es, en general, infalible. Yo no temo el juicio de los adultos, pero tengo miedo del de un niño, porque es un juicio terrible. La opinión de los niños es muy importante para mí, porque ellos ven, sienten, olfatean la verdad.

Cuando era alumno en el gimnasio de Varna, durante la guerra de 1914-1918, la mayoría de nuestros profesores partieron al frente, y teníamos, por tanto, reemplazantes que venían por un cierto tiempo a darnos los cursos. En un año, tuvimos sucesivamente dos profesores de matemáticas. El primero, en cuanto entraba en la clase, desencadenaba un estrépito espantoso: los alumnos empezaban a reírse, a bromear... El pobre profesor hacía todo lo que podía para restablecer el silencio y comenzar el curso, pero, por mucho que gritara, gesticulara, amenazara, no había nada que hacer. Incluso había que ir a buscar al director, pero, una vez que el director se había ido, las risas y las burlas volvían a empezar. Era buena persona, sin embargo, y a mí me daba lástima, no comprendía por qué mis camaradas eran tan crueles con él. Un día me indigné tanto que, en su

ausencia, tomé la palabra para decirles que lo que hacían no era de muy buen gusto. Estuvieron de acuerdo para cambiar de actitud, y, durante un día o dos, la cosa fue mejor. Pero después el caos volvió de nuevo. En realidad, se podría decir que, con su forma de ser, era el profesor mismo el que provocaba las reacciones de los alumnos, como si algo se desprendiese de él para suscitar hilaridad y ruido.

Un día se marchó y fue reemplazado por un hombre pequeñito, que entraba en la clase sin hacer ruido, y sin ni siquiera mirarnos. Pero, en cuanto aparecía, los alumnos se ponían en su sitio en silencio y ya no se movían. Ponía el libro encima de la mesa y empezaba a dar la lección con voz tranquila. Nunca se irritaba, nunca nos amenazaba, nunca nos castigaba. Sabía perfectamente todo lo que nos enseñaba, nunca titubeaba, y nosotros nos veíamos obligados a trabajar. En aquella época yo tenía quince o dieciséis años, y todo eso me impresionó mucho. Y este pequeño hombre de nada, que no tenía exteriormente nada notable, se me quedó grabado en la memoria. Lo que nos infundía respeto no era sólo su saber, sino también su presencia, lo que emanaba de él. En las escuelas, en las universidades, se encuentran casos semejantes de profesores que, inmediatamente, sin casi hacer nada para ello, se imponen a los alumnos o a los estudiantes.

Les hablé también de estos yoguis que viven en las selvas de la India, en medio de las fieras y de las serpientes, sin que éstas osen nunca acercarse a ellos para hacerles daño. Debido a su pureza, a sus virtudes, estos yoguis tienen unas vibraciones que los animales sienten, y por eso les respetan, mientras que a otros les saltan encima y les devoran.

Ahora, gracias a la instrucción, se llegan a obtener unos niños capacitados para todo, pero no mejores. Los padres, claro, están contentos de tener unos niños obedientes, sinceros, respetuosos, honestos, pero todavía están más contentos si son los primeros de su clase, si pueden causar sensación recitando algunos poemas o tocando algunas pequeñas obras musicales. Para los padres lo esencial son las cualidades intelectuales de sus hijos, y no sus cualidades morales: eso lo he visto, lo he constatado. Y, más tarde, cuando los niños están instruidos, cuando ya son eruditos incluso, y están influenciados por no se sabe qué filosofía, se revuelven contra sus padres para pelearse con ellos. ¡Y los pobres padres se quedan estupefactos al ver que sus hijos se sirven de su instrucción para enfrentarse a ellos! Por eso yo les digo a los hermanos y hermanas que tienen hijos: “Si quieren que la instrucción que les dan a sus hijos no se revuelva contra ustedes, acepten las verdades de esta Enseñanza, aumenten la luz en

ustedes, y así podrán marcar el espíritu de sus hijos cien veces mejor que sus profesores.”

Los padres no deben imaginarse que ya han hecho lo esencial para sus hijos dándoles instrucción. No, esta ilusión no puede hacer otra cosa que provocar la guerra entre las dos generaciones, porque los hijos adquirirán en las escuelas unos conocimientos que los padres están lejos de tener, y cuando vuelvan con sus diplomas y su supuesta superioridad, ¡qué van a oír los padres! Estarán tristes y descontentos al ver que sus hijos se muestran ingratos, groseros, violentos, ¿pero de quién es la culpa? ¡Suya! ¿Por qué no han hecho nada para obtener una luz y unas virtudes tales que, a pesar de todo su saber, sus hijos les sigan sintiendo superiores? Sí, ésta debe ser la meta de todos los padres: llegar a ser tan nobles, tan elevados, tan desinteresados, que sean absolutamente insuperables.

Si los padres quieren verdaderamente conservar a sus hijos muy cerca de ellos, si quieren que éstos los amen, los admiren y no los abandonen nunca, deben darles un ejemplo extraordinario. Si no, se los prevengo, perderán a sus hijos. Si sólo cuentan con soluciones de facilidad que les permiten continuar siendo débiles y vulnerables, cuando los problemas se presenten, se derrumbarán. ¿Y qué utilidad tiene derrumbarse? No hay que llegar a eso, sino que hay que reflexionar y hacer las cosas de forma que puedan ser capaces de superar las dificultades en el momento en que éstas se presenten.

Actualmente, pues, se produce un desequilibrio debido a la importancia formidable que se da a la instrucción en detrimento de la educación. La instrucción es necesaria, claro, indispensable, pero están matando a los niños y a los estudiantes con demasiados conocimientos inútiles. Por otra parte, éstos, en cuanto han terminado sus estudios y pasado sus exámenes, se dan prisa en borrarlo todo de su cerebro. ¿Por qué haber acumulado tantos conocimientos, por qué haber perdido tantos años, si, en definitiva, van a apresurarse después a olvidarlo todo?... Por eso, yo, en mis conferencias, insisto siempre en la cuestión de la educación, porque sé hasta qué punto se descuida.

Veamos ahora cómo consideran los Iniciados esta cuestión. Saben que el ser humano es comparable a un reino cuyos habitantes son sus propias células, y cuyo rey es él mismo. Desgraciadamente, en la mayoría de los casos, se trata de un rey destronado, porque ha sido derribado por su propio pueblo, al que no ha sabido gobernar sabiamente. No comprendió

que debía educar a sus células para que éstas pudiesen asumir su tarea. En vez de jugar este papel de educador, estaba ocupado corriendo en busca de toda clase de satisfacciones materiales, y no le quedaba tiempo para ocuparse de las necesidades de su pueblo. Mientras que se encontraba así, sumergido en sus actividades inútiles, y hasta criminales, los que le rodeaban no se daban cuenta de nada, y hasta quizá le estaban admirando, pero sus propias células le espiaban, porque no podía esconderse de ellas, y, un día, decidieron derribar a este soberano que no cesaba de permitirse actos reprobables.

Antes de lanzarse a educar a los demás, cada uno debe ser el pedagogo de sus propias células. Porque tenemos que asumir que un pueblo al que su rey no da un buen ejemplo, lo imita, y lo destrona. Mientras que, si el rey da un ejemplo de bondad, de nobleza, de honestidad, sus células, que lo imitan también, se vuelven tan obedientes, tan radiantes, que esta radiación llega a manifestarse incluso en el exterior. Y son estas radiaciones, estas emanaciones, las que actúan sobre los humanos, sobre los animales, y hasta sobre la vegetación. Lo que el hombre ha creado interiormente, con su trabajo, con sus meditaciones, con su pureza, se refleja primero en sus propias células, y solamente después estas creaciones salen de él para influenciar a los demás. Si no conocen esta ley, nunca llegarán a realizar sus deseos, porque las cosas deben crearse y organizarse interiormente, en primer lugar, antes de concretizarse en el plano físico.

La gente cree que damos buen o mal ejemplo solamente a los demás. No, lo damos, en primer lugar, a nuestras células, y, cuando éstas ven que nosotros vivimos en la anarquía, ellas también se muestran anárquicas: ¡imposible hacerlas obedecer! En el momento en que queremos imponernos, no nos escuchan, y, de esta manera, ya no nos es posible dominar nuestra sensualidad, nuestra ira, nuestra glotonería, etc. Mientras que aquél que ha logrado ganarse la confianza de sus células puede ejercer un gran poder sobre ellas: puede encontrarse en mal estado, pero, tras unos minutos de concentración, las células le obedecen y recobra su paz y su luz.

Pero, díganles a los pedagogos que sus células son inteligentes, que obedecen... ¡ay! ¡ay!, se les van a reír en la cara. “¿De qué planeta ha caído usted?” Pero, entonces, ¿Por qué no tienen éxito con los niños? No lo saben. Acusan a los padres, a los niños, a las condiciones de trabajo, al Ministerio de Educación Nacional; no ven que son ellos los que tienen lagunas. Creen que con su cerebro van a poder resolver los problemas pedagógicos. No, el cerebro es insuficiente, no es capaz de hacerlo todo. Si

quieren, podemos decir que el cerebro es el instructor, mientras que el plexo solar es el pedagogo. Cuando su plexo solar está en buen estado, cuando es radiante, cálido, todo el mundo siente que emanan algo agradable, armonioso y lleno de amor. Mientras que el cerebro, en cambio, no irradia: habla, explica... pero, cuanto más explica, más nervioso está, porque el pedagogo, el verdadero pedagogo, el plexo solar, no está ahí para sostenerle.

Los humanos trabajan enormemente con el cerebro y descuidan el plexo solar, y por eso se cansan: porque el cerebro no tiene la resistencia del plexo solar. Lo que hay que hacer es trabajar con el cerebro, pero sabiendo también extraer energías del plexo solar. Pero como la mayoría de los humanos ni siquiera saben que tienen un plexo solar, ni lo que es, ¿cómo quieren que sepan lo que tienen que hacer con él?... Un Iniciado, que sabe cómo trabajar, se ocupa en primer lugar del plexo solar, para crear en él la armonía, la paz, el bienestar, y sólo después le pide a su cerebro que se concentre para resolver tal o cual problema. Entonces, sí, hay buenas condiciones: el plexo solar aporta materiales y subsidios al cerebro, y éste trabaja, por tanto, más fácilmente. Sin la ayuda del plexo solar no logramos gran cosa, porque es él el que restablece el equilibrio.

Como los humanos no han sido instruidos en Escuelas Iniciáticas, cada vez más se ha ido perdiendo esta ciencia, y es solamente el cerebro el que lucha y se esfuerza. Por eso los hombres están cansados y enfermos: porque no saben que trabajar con el plexo solar es más importante que trabajar con el cerebro. Aunque no hayan recibido instrucción, los seres que tienen el plexo solar en buen estado de funcionamiento emanan algo equilibrado, armonioso, radiante, que les atrae la simpatía de los demás. Entonces, ¿por qué no hacer también esfuerzos en este sentido? ¿Por qué esta idea todavía no ha sido aceptada por la opinión pública?... Dejen de lado la opinión pública, aquéllos que la siguen tienen todas las probabilidades de caer en los precipicios. Deben ser dirigidos, claro, el hombre no se vuelve inmediatamente inteligente y sabio: al principio es pequeño, y necesita ser instruido, guiado, incluso hasta los noventa y nueve años. Pero hay que seguir a los Iniciados, no a la masa. Porque la masa no es capaz de ocuparse de estas cuestiones; tiene otras cosas en la cabeza y ni siquiera ha verificado lo que afirma.

No hay que dejarse influenciar por la masa, sino por esta minoría de seres que llamamos Iniciados. Yo, desde que tenía dieciséis años, decidí escuchar y seguir solamente a esta minoría. No la conocía, en esta época ni

siquiera había encontrado aún al Maestro Petar Dunov, pero, gracias a un libro, comprendí que esta minoría existía en las montañas del Himalaya. Y, cada día, con mi pensamiento, yo estaba con ella, y fue después cuando esta minoría se manifestó en el plano físico: en algunos seres con los que me encontré. ¿Por qué no lo hacen ustedes también? Y, si no quieren buscar a esta minoría en el plano físico, ¿por qué no lo hacen con el pensamiento? Porque es ella la que está en la verdad: todos los santos, todos los profetas, todos los Iniciados, todos los sabios.

Les daré una imagen: Cuando el Sol sale, ¿quién lo ve primero, las cimas de las montañas o los precipicios? Las cimas. Igualmente, cuando una verdad entra en el mundo –y eso es el Sol, simbólicamente hablando– ¿quiénes lo sentirán y recibirán primero, aquéllos que están abajo, la masa, o aquéllos que se elevan hasta muy arriba, los Iniciados?... Pues bien, hay muy pocas cimas en la Tierra en comparación con las llanuras, los valles y los precipicios. Ahí tienen una imagen de una elocuencia asombrosa, ¿verdad? Pero los ignorantes se imaginan que la masa es la primera que recibe las verdades, y siguen a la masa. Y, como la masa dice, por ejemplo: “Hagan el bien, y recibirán el mal”, no quieren hacer el bien para no recibir el mal. ¿Pero acaso la masa ha visto salir el primer rayo de Sol? ¿Por qué debemos seguirla? ¿Por qué tenemos que seguir eternamente sumergidos en esta masa ignorante? Y, si hay algunas pequeñas cimas en medio de ella, muy pocos van a apreciarlas y a seguirlas. Yo, desde los dieciséis años, ya se los he dicho, decidí seguir a esta minoría de los Iniciados. Sabía que en el Himalaya existía una Fraternidad de seres que se reunían para propagar la luz en el mundo, y, cada día, me conectaba con esta Fraternidad, de la que recibía unas inspiraciones extraordinarias. En aquella época, habitaba en Varna, y buscaba a un ser que pudiese guiarme. Iba a la iglesia a escuchar a los popes, iba también a escuchar a los pastores protestantes, los oía citar la Biblia, pero, cuando veía su cara, ¡ay! ¡ay!, ¡sentía que estaban muy lejos de la verdadera vida! Entonces, me esforcé intensamente en pensar en estos Iniciados que había encontrado en los libros, en llamarlos, en amarlos. Después tuve la ocasión de acercarme a estos seres extraordinarios, cuando estuve en la India, en particular, donde tuve encuentros con Babadji, Nityananda Maharaj, Anandamayi Ma. Evidentemente, éstos son muy conocidos, pero también me encontré con otros en los caminos, a los que nadie conocía, y, ¡qué estaban tan lejos de la gloria, de la publicidad y de todas las cosas humanas! Éstos también me dejaron tesoros de sus almas... Conserven, pues, esta imagen de las cimas, que son las primeras en recibir la luz.

Hay otras muchas imágenes significativas para la vida interior. Cuando un herrero, por ejemplo, quiere modelar un trozo de hierro, lo calienta, y, después, lo golpea y le da una forma, unas dimensiones especiales. ¿Y cuál es la interpretación?... Es ésta: cuando quieren educar a alguien, no pueden hacerlo mientras esté frío. Pueden martillar lo que quieran un trozo de hierro, si antes no ha sido calentado, resiste o se rompe, pero, caliéntenlo, e inmediatamente se deja modelar. ¿Qué es el calor? El amor. Así pues, todos aquéllos que están demasiado intelectualizados, que no tienen verdadero amor por los demás, nunca podrán recibir una verdadera educación. Y ahí tienen otra explicación de este fenómeno. Cuando sufren, sienten este sufrimiento como la quemadura de un fuego, y también como golpes que reciben. Pues bien, al hacerles pasar por estos sufrimientos el Cielo quiere darles formas divinas. ¿No me creen? Pero, me crean o no, están obligados a reconocer que es así... y ¿saben? ¡tampoco el Cielo les pide su opinión!

Hasta que no hayan comprendido que deben orientarse en la dirección que les presentan los Iniciados, no conseguirán nada, no obtendrán nada, ni de ustedes mismos, ni de los demás. El verdadero secreto, pues, es éste: trabajar sobre ustedes mismos, hacer sentar la cabeza a sus células, volverlas puras y luminosas, enviándoles constantemente los rayos del Sol para mejorarlas, exactamente igual que hacen con sus propios hijos, a los que visten, lavan, limpian, acarician. ¿Por qué tenemos que olvidarnos y abandonar a estas pobres creaturas que hay en nosotros y que tenemos, por tanto, el encargo de educar? Tomen, al menos, algunos rayos y envíenselos, para que digan: “¡Ah, qué buen amo tenemos!, ¡piensa en nosotros!” Y, entonces, empiezan a trabajar mejor. ¿Ven cuál es la verdadera pedagogía?...

Deben aprender a ocuparse de las células de sus órganos para enviarles los elementos más espirituales, los más sutiles... como los elementos que pueden captar durante la salida del Sol, por ejemplo. Me dirán que su organismo se las arregla sólo. Sí, evidentemente, trabaja, funciona, pero más o menos bien, y es por eso por lo que deben ayudarle. Ya les he dado métodos para enviar luz y amor a sus células, para que éstas sientan que se ocupan de ellas. Porque, no crean que pueden, verdaderamente, dejar que su organismo se las arregle sólo.

¡Tienen ya tantas pruebas de que no siempre lo consigue! Cuando es necesario, claro, toman medicamentos, hacen curaciones, y hasta sufren una operación. Pero hay que aprender a ayudar al organismo sin estos medios

externos, que no son más que paliativos. Miren, por ejemplo: toman pastillas contra los dolores de estómago y los dolores de cabeza, pero, algún tiempo después, tienen otra vez los mismos dolores; no ha sido, pues, una solución definitiva, hay que actuar de otra manera.

Si saben cómo llamarlas, ciertas entidades, que tienen un poder extraordinario, vendrán a introducirse en sus células para trabajar con ustedes. Y, cuando abandonen su cuerpo físico, podrán incluso encontrarse con ellas en el espacio. Sí, y verán su gratitud y su amor. Ahora que saben eso, por la mañana, a la salida del Sol, pueden hacer un trabajo formidable sobre sus células, y verán los resultados.

Les decía ayer: esto no es una universidad, es un restaurante. Así que, alégrese, porque, aunque aquí no aprendan nada, recibirán al menos un impulso, y esto es lo esencial. Deben estar vivos, en primer lugar, ¡e ir después a aprender todo lo que quieran!

Cuando vienen junto a un Maestro, la mayoría de los humanos tienen al principio una reacción de defensa, como si fuesen a ser esclavizados y tuviesen que luchar. ¡Cuántas veces lo he visto! Y, después, acaban comprendiendo que, por el contrario, junto a un Maestro y conformándose a ciertas reglas que éste da, se vuelven más libres, más fuertes, más poderosos. Sólo que los primeros días no pueden comprender aún estas cosas. Luchan contra mí. Y, por otra parte, eso es lo que sucede por todas partes en el mundo, donde se ve a unos luchar contra otros.

Hay, ciertamente, cosas buenas en la forma de vivir de la gente, pero falta la armonía que les permitiría florecer verdaderamente. Por eso, les pediré que sean cada vez más amables y comprensivos los unos con los otros, para crear aquí una atmósfera única. Les estaré muy agradecido por ello. Dirán: “Sí, pero hay caras que no me gustan, que no me son simpáticas, y no puedo sonreírles, ni siquiera soportarlas.” Ya lo sé, y los comprendo... Si creen que a mí todo el mundo me resulta simpático de inmediato, se equivocan. Un ser humano nunca es absolutamente universal, siente siempre ciertas atracciones, ciertas repulsiones, tanto para los alimentos, como para los objetos, o para las caras, ¡y esto es algo tan normal!

Cuando venimos a la Tierra, tomamos un cuerpo en una familia, en alguna parte, y este cuerpo no vibra en armonía perfecta con todo el universo; pero a nosotros nos corresponde educarlo, perfeccionarlo. Yo también, al venir a la Tierra, recibí un cuerpo que tenía tendencia a amar

esto y a detestar aquello... pero no acepté esta situación. Evidentemente, es más agradable buscar solamente aquello que amamos y rechazar aquello que no amamos. Sí, pero, si escuchan a la sabiduría, que ve las cosas de otra manera, ¿les aprobará si actúan en función de lo que les gusta o les disgusta? Quizá haya muchas cosas que les gusten y que no sean ni muy honestas ni muy nobles. Entonces, ¿deben contentarse con lo que les gusta a ustedes? ¿Por qué no ir más arriba para conocer lo que es bueno para todo el mundo, lo que es universal? Deben incluso imponerse a esta naturaleza que ama esto, que detesta aquello, en vez de servirla día y noche. Si un lugar no les gusta, lo abandonan, aunque sea el Cielo. Sí, ¡cuántos se han roto la crisma por hacer todo lo que les gustaba! Pero no importa, encuentran que esto es normal y continúan.

Los Iniciados escogen siempre caminar tras lo que es razonable, inteligente, noble, y de esta manera llegan a ser dueños de sí mismos. Mientras que los demás son eternamente esclavos de sus debilidades. Así que compréndanme bien, decídanse de ahora en adelante a no andar más ciegamente tras lo que les gusta, sino a razonar, a reflexionar, y a aceptar incluso aquello que les disgusta. Porque quizá sea eso que no les gusta lo que los va a salvar, lo que los va a mejorar, lo que los va a embellecer.

Ahora, compréndanme bien, yo no les pido que renuncien a todo lo que les gusta. Sí, ya veo que si no añado estas explicaciones voy a ser mal comprendido por algunos: van a combatir todo aquello que les gusta, y será una catástrofe. Si lo que les gusta los lleva hacia el Cielo, no sólo deben conservarlo, sino que incluso deben reforzarlo. Pero si les envilece, aunque les guste, deben desprenderse de ello, porque, si no, tarde o temprano lo pagarán muy caro. ¡Cuántas cosas hay que a mí no me gustan! Pero las he aceptado porque eran buenas, y ahora hasta llegan a gustarme, les he tomado gusto. ¿Por qué no hacen lo mismo?

* * *



www.laensenanza.org